

Discurso asunción Presidencia de la Cámara H. Diputado Nicolás Monckeberg Díaz

El valor del Congreso en la Democracia Representativa

Hace 25 siglos, en una pequeña ciudad de un país minúsculo, un grupo de hombres llevaron a cabo uno de los inventos más notables y originales de la historia humana: inventaron la democracia. Propusieron una idea que los distinguió de todos los pueblos habidos hasta entonces: la idea de que los hombres podían autogobernarse, y que este gobierno no se realizaría de manera caprichosa sino a través de leyes que ellos mismos iban a darse.

A partir de entonces y a lo largo de los siglos, los pueblos civilizados se han ido preguntando, ¿cómo podemos nosotros, hombres y mujeres de nuestro tiempo, participar de esa experiencia original sin incurrir en sus limitaciones iniciales?

Hoy la respuesta es muy simple: el único camino para que los pueblos se gobiernen de manera autónoma y para que todos los sectores de la comunidad puedan ser incluidos es la democracia representativa.

Un Congreso es sobre todo eso: el lugar por antonomasia de la democracia representativa. Por definición es el hogar y la patria de todos ya que para funcionar, en la misma medida que por una parte debe generar confianza, por la otra debe merecerla. Cuando eso no ocurre, cuando el Parlamento no inspira confianza y sólo cosecha desprecio ciudadano, la democracia entra en crisis y esta crisis inevitablemente implica una sentencia fatal para la única forma de democracia que hoy es posible.

Nada bueno podemos esperar del momento en que la democracia representativa naufraga. Aparecen los caudillismos, surgen las fórmulas tecnocráticas de gobierno, entran a operar los mitos assembleísticos asociados a la ley de la calle. Todas estas negaciones a la auténtica voluntad popular, tienen algo en común: el desprecio de la política y al final, lo único que queda es el empeño de uno o de unos cuantos iluminados de imponer sus verdades excluyentes a los demás.

La experiencia vivida en los últimos meses en la primavera árabe, el testimonio de Liu Xiaobo entre otros acontecimientos, es algo que debe hacernos reflexionar. Ellos y muchos otros han perdido su libertad, sus familias y hasta su vida para lograr instaurar en sus naciones una democracia representativa. Resulta paradójico en este contexto, escuchar en nuestro país opiniones extremas desde fuera del Parlamento que solo buscan debilitar aquello por lo que otros han estado y están dispuestos a dar su propia vida.

Nuestro Congreso acaba de cumplir doscientos años. Es un momento importante aunque delicado de su historia. Se habla de una crisis de representatividad, de una

escasa confianza en su eficacia, y en ciertos casos ha quedado marginado de las decisiones políticas fundamentales, que algunos quieren que corran del lado de la calle, de los nuevos liderazgos de corte carismático o de los técnicos. En suma, se pretende reemplazar el Parlamento por la asamblea o el *think tank*.

El gran desafío de nuestro Congreso es recuperar la confianza ciudadana y para ello se han planteado diversas formas de responder a este desafío.

La primera, que yo llamaría la respuesta simplista, está dada por la solución de las encuestas. Algunos piensan que la única manera de que el Poder Legislativo recupere su protagonismo consiste en hacerse eco de las necesidades de la gente tal como las presentan los sondeos de opinión. Es, en el fondo, la aplicación de un modelo mercantil a la política.

¡Quiero decirles con franqueza! Me cuesta aceptar esa percepción de la política y de la función parlamentaria y tengo una visión muy distinta. Yo no entiendo la política como un tráfico de ofertas y demandas. La institución parlamentaria muestra precisamente otra cosa, por de pronto las preferencias no se hallan perfectamente definidas, sino que se van configurando en el diálogo y la negociación. Nuestro modelo es el de la deliberación política, no el del mercado. No es igual la aproximación que tiene el ciudadano de la que tiene el consumidor. Este último busca, simplemente, satisfacer una necesidad, mientras que la práctica política pone en juego nuestras aspiraciones y nuestros ideales y precisamente, está llamada a despertar en la persona actitudes como la responsabilidad y el compromiso.

Debemos estar atentos pues esta es una de las principales razones de la pérdida de prestigio de los parlamentos en el mundo.

Pero hay que reconocer que las dificultades por las que pasa la institución parlamentaria no proceden sólo de que se analice con modelos equivocados.

¡Admitémoslo! Las instituciones no mejoran por sí solas, estas mejoran de la mano de las conductas y acciones de quienes las integramos. En consecuencia, es legítimo preguntarnos hoy en voz alta y en un ambiente de amistad cívica ¿en qué debemos cambiar para mejorar la Cámara de Diputados? En mi opinión, necesitamos recuperar algo de lo que llamamos "*espíritu parlamentario*." Son cuatro entre muchas otras las características de este espíritu parlamentario que hoy quiero destacar y que son comunes a los modelos más exitosos de la historia de las asambleas legislativas: convicción, diálogo, respeto y humildad.

Convicción

No podemos reducir nuestra labor de representantes al límite de legislar únicamente conforme a los intereses particulares de quienes gritan más fuerte en la calle o en las

tribunas. Actuar con más convicciones es precisamente la antítesis de la política mercantil de las encuestas.

Dialogo

Pero sabemos muy bien que las convicciones sin diálogo son la antesala de los fanatismos.

Es nuestro deber reconocer el papel imprescindible que tienen el diálogo y la negociación en la vida política. No es necesario recordar las graves consecuencias para nuestra democracia que produjeron frases como “avanzar sin transar” o actitudes como mirar al adversario como “el cáncer que hay que exterminar.”

Por supuesto que en política casi siempre involucra cuestiones de principio, pero eso no significa que podamos recurrir a cualquier medio para hacer triunfar únicamente los nuestros. Eso es lo propio del fanatismo, no lo propio de la sensibilidad democrática. El diálogo no es un ejercicio que implique abandonar los principios, sino, muy por el contrario, supone entender que la propia postura se funda en razones y que a estas razones pueden acceder los demás. Quien dialoga de verdad no sólo tolera sino legitima al que piensa diferente. Quien dialoga no debiera tener problemas en reconocer hidalgamente lo que pueda haber de bueno y de justo en los planteamientos de otros, sin que esto signifique una humillación.

Amigos y Amigas: quien reconoce una verdad en su interlocutor, lejos de degradarse, en realidad se enaltece.

Respeto

Una tercera característica es el valor del respeto a las formas. La política es un juego que supone reglas. Sin reglas, sin maneras, sin normas elementales de convivencia, la política degenera en pura violencia o en la descalificación prepotente. Esas reglas implican saber tratar a los adversarios con el respeto con que querríamos ser tratados nosotros mismos. También implica distinguir cuidadosamente entre la crítica a las ideas que no compartimos y la descalificación de las personas. Las reglas no son un mero formalismo, sino una garantía de que no nos dejaremos dominar por la pasión y la prepotencia.

Humildad

La cuarta y última característica que propongo aquí tiene que ver con algo que advertía el ex Presidente checo Vaclav Havel, recientemente fallecido: humildad.

El decía:

"Estoy firmemente convencido que el mundo necesita (hoy más que nunca) políticos claros y reflexivos, audaces y con suficiente amplitud de miras para pensar más allá de su ámbito inmediato de influencia. Necesitamos políticos con disposición y capacidad para elevarse por encima de sus propios intereses de poder, o de los intereses

particulares de sus partidos o Estados, y actuar de conformidad con los intereses fundamentales de la humanidad; es decir, que se comporten como todos deberían comportarse, aunque tal vez la mayoría de las personas no lo haga."

No es fácil la tarea de elevarse por sobre los propios intereses y actuar conforme a los intereses fundamentales del país. Esto supone no sólo ir más allá de la política de las encuestas, sino también ser capaces de decir, como el mismo Havel, "sospecho de mí", es decir, someter las propias motivaciones a un constante escrutinio, para asegurarnos de que el contacto diario con el poder no sea un medio de reafirmar el propio ego, más bien, una manifestación de la difícil tarea de servir.

Por cierto, adecuar nuestro actuar en estos cuatro principios nos coloca en el camino para mejorar la imagen del Parlamento, pero no nos confundamos: al final, la prueba en que nos jugamos el destino de esta institución y de todos nosotros es muy simple:

¿Somos una institución capaz de resolver responsablemente los problemas del país o a la inversa, estamos para agravarlos y postergar las soluciones?

¿Qué Cámara de Diputados queremos? ¿El lugar donde los conflictos se procesan o aquel donde se inflaman? ¿El lugar donde los debates se eternizan o donde las soluciones se concretan? ¿Dónde prevalezca la seriedad o la irresponsabilidad?

Estimados parlamentarios: En esto consiste jugarnos por la calidad de la democracia y por la integridad de las instituciones.

Quiero agradecer a todos ustedes, la responsabilidad que me han confiado. En primer término a los parlamentarios de la Coalición por el Cambio y a los independientes que hoy me han respaldado, en especial a mi partido Renovación Nacional, quiero que sepan que tomo con mucha humildad y responsabilidad el tremendo honor que me han conferido de ser el primer Presidente de la Cámara en la historia de nuestro partido.

Agradezco también a aquellos parlamentarios de la oposición por su respaldo y tomo su apoyo más que como una adhesión a mi persona, como una señal de madurez cívica y de voluntad de entendimiento que tanto necesitamos.

Quiero también agradecer a quienes han delegado su confianza y han permitido que hoy esté aquí, me refiero a los vecinos de San Carlos y la Provincia de Ñuble y muy especialmente a las familias de Cerro Navia, Lo Prado y Quinta Normal. Muchas gracias por su confianza.

Finalmente, agradezco profundamente a mi familia, a quienes hoy me acompañan y también muy especialmente a quienes ya han partido y que, sin duda, hoy están presentes espiritualmente.

A todos les digo, que espero estar a la altura de esta confianza que me han entregado y que por cierto esta incluye la crítica leal para llevarla a cabo. En mí tendrán a un servidor abnegado y desde el cargo sencillamente aspiro a ser un agente de acuerdo y moderación de nuestra democracia.

Muchas Gracias.